

Las olas se replegaron más allá del horizonte y todos empezamos a trepar el risco, aún empapados, agarramos las camisetas y ascendimos sin mirar abajo. Los mayores cargaban con los que aún no podían andar, mientras los demás intentábamos no resbalar. Alcanzar la primera línea de matorrales era sinónimo de salvación. Al impacto del primer tsunami contra las rocas, todos estábamos allí, sentados, sin aliento, contemplando el atardecer de un mar revuelto. Los temporales eran imposibles de predecir, pero esta vez no nos había pillado desprevenidos. Los mayores se alegraban de haber conseguido renovar las reservas de agua y de que todos estuviésemos limpios. Eso último no me parecía tan importante. Siempre hablaban en voz alta, sin importarles que escucháramos. Quizá algún día les replicase. Sacarnos un par de cabezas no les da derecho a decidir por el grupo. Bien es cierto que sus decisiones nos mantenían a salvo, pero los medianos también tenemos ideas que podrían mejorar nuestro modo de vida. Me estaba costando convencer al resto de huérfanos de mi edad con estos argumentos, pero no iba a dejar de darle vueltas la idea hasta que tuviese un plan real.

De camino al castillo que utilizamos de morada, nos acompaña el sonido de las olas a la izquierda. Los acantilados siguen subiendo, disolviendo su eco en un lamento. A la derecha, alzando la vista, pasados los árboles que aún se sostienen al borde del abismo, se pueden atisbar los restos de lo que fue nuestro hogar. Los tejados están a la altura del suelo y todo lo salvable lo trajeron los mayores hace meses a las habitaciones del castillo. Solo los jóvenes sobrevivimos a una guerra sin sentido, que los más pequeños no recuerdan. La única familia que nos queda somos nosotros mismos y la comunidad que los mayores están intentando construir, borrando los recuerdos de las bombas y la sangre que aún despiertan a muchos por la noche. Yo no quiero olvidarlo. Me niego a olvidar a mis padres simplemente porque no voy a volverles a ver. Tampoco escondo mis lágrimas, pero sé que los demás no comparten mis pensamientos y prefieren conformarse con los nuevos cimientos de una sociedad en extinción.

Esta noche estoy al cargo de la colada, que se ha multiplicado por la huida de la playa. Ni siquiera yo he sido capaz de ponerle la camiseta húmeda con la llegada de los vientos de la noche. Todas las ventanas del castillo han perdido sus cristales y aunque hemos ido reparando las más importantes, la corriente todavía crea fantasmas por doquier. En la torre oeste los escombros impiden habitar los cuartos, pero hemos hecho el suficiente hueco para usarla de almacén y tendal. Con cuidado de no resbalar, coloco las prendas de mis compañeros sobre las cuerdas que cruzan el espacio diáfano en todas direcciones. Gracias a la luz de las estrellas es fácil ubicarse en casi todo el edificio. Las velas son un bien escaso, que solo utilizamos en situaciones de emergencia. De regreso al cuarto donde hemos improvisado colchones con viejas mantas y alfombras, detecto el parpadeo de una vela en la habitación de los mayores. No puedo resistirme a la tentación de escuchar lo que están planeando y acabar

interviniendo, reclamando participar en la expedición que querían hacer a las ruinas de la que fue nuestra ciudad. Me costó bastantes gritos y alguna que otra lágrima hacerles entender que teníamos la edad suficiente para ayudar, pero al final accedieron a compartir el plan en la asamblea del día siguiente.

Las mañanas lluviosas son lo más parecido a volver al colegio que la mayoría recordamos. Nos sentamos en el gran salón del castillo, haciendo algo parecido a un círculo, y utilizamos una vara de roble adornada con metales como turno de palabra. Habitualmente, este momento sirve para repartir tareas entre los que podemos andar y externalizar emociones o deseos incumplidos. Esta vez la reunión se alarga con la explicación de la expedición que partirá el día siguiente. Algunos de los mayores están seguros de poder encontrar el talismán blanco, reliquia que conservaban los adultos para mantener alejados al Credo. Ellos son los culpables de la extinción de nuestra civilización, de que ahora vivamos en el límite del mar y de que el sol apenas acaricie nuestra piel un día a la semana. Para mí es razón suficiente para ayudar. No soy tan ingenuo como para creer que con el talismán podremos vengarnos, pero al menos nos dejarán en paz del todo y no tendremos que vigilar nuestra espalda al buscar entre los escombros lo poco que necesitamos para sobrevivir.

A pesar de sus reticencias, todos han querido participar en la búsqueda del talismán, resolviendo la discusión de la noche anterior sobre quién debía quedarse en el castillo. Si las aguas alcanzan de nuevo las torres del castillo mientras estamos en la ciudad, no tendremos que preocuparnos de salvar a nadie. El resto del día lo dedicamos a preparar provisiones y camuflaje, que nos permitan pasar desapercibidos por los caminos hasta las ruinas. Ya no recuerdo si es una ruta larga o escarpada, pero si la lluvia amaina, quizá podamos escuchar a las aves cantar sobre los árboles. Desde que terminaron las batallas, ninguna se ha atrevido a descender a nuestra altura y muchos añoramos su canto como nana infantil. Los más pequeños ni siquiera han tenido la oportunidad de escucharles y quién sabe si la llegarán a tener o los únicos animales que conocerán son los peces del océano maldito.

El entusiasmo me impide dormir por la noche. Con las primeras luces, nos ponemos en marcha como una serpiente grisácea, que serpentea por la montaña hacia su cima. No nos tomamos ningún descanso hasta que el ruido de las olas ha desaparecido por completo y los árboles han recuperado su color verdoso. Entre todos vamos recogiendo hojas, plantas medicinales o frutas por el camino salvaje que los mayores trazan sobre los matojos. Me gustaría ir en la cabecera para ver el paisaje sin llantos y preguntas con respuestas obvias, pero entiendo que también es mi cometido ayudar a los pequeños medianos a conocer un mundo con el que no están familiarizados. Si los tejados de la ciudad siguieran en pie, seguro que podría orientarme. En otro momento intentaré averiguar cómo lo hacen los mayores para orientarse sin estrellas en el cielo. Antes de la hora de comer las nubes de calima se

han disipado y para la luz del sol ciega por primera vez los ojos de algunos bebés. Ojalá tuviésemos tiempo de descansar sobre la hierba. Ya de poco sirven las mantas que cargamos desde el castillo sobre nosotros. En un ingenioso trampantojo, los mayores ocultan en su interior todo el botín recogido y lo dejan en el suelo, simulando ser una gran roca, que recogeremos después. Tras los árboles, nos espera un destino que no admite camuflaje.

La vista es tan desoladora que mis ojos se ven anegados por las lágrimas antes de que pueda identificar un sentimiento. Si hubo casas entre los escombros es porque los que vivimos en ellas recordamos dónde estaba la puerta, el patio, las ventanas... Todo es un amasijo de barro y metal, un páramo abandonado de montones de recuerdos. Intento disimular el temblor de mis piernas, continuando la marcha más cerca de los mayores. En completo silencio, la comitiva avanza hacia el centro de la ciudad. Allí todavía se puede vislumbrar media torre de la que fue la catedral. Ahora entiendo mejor la reticencia de los mayores a hacer el viaje en compañía. Estaba seguro de poder sacar fuerzas para buscar entre las ruinas recuerdos de mi pasado y sin embargo lo único que quiero es abandonar el cementerio lo antes posible. Sin echar la vista atrás, sé que no soy el único que se siente así. Al volver me costará mucho convencer a los demás de que discutir a los mayores fue una buena idea. Nos lleva la mitad del tiempo normal alcanzar la plaza, a pesar de haber ido asegurando cada paso sobre las ruinas. Donde antes hubo una fuente gigante de marfil ahora hay un círculo blanco, perfectamente trazado, que cruza por completo las piedras en dirección opuesta a nuestro camino. Los mayores comentan en voz baja que el sendero artificial es la ruta utilizada por el credo para trasladarse a su nuevo hogar, todavía más arriba en el continente. Para evitar cruzarnos con ellos, nos internamos en los bajos muros de la catedral y empezamos la búsqueda del talismán.

Atareados durante demasiado tiempo, los mayores se empiezan a poner nerviosos cuando el sol cae sobre la línea del bosque. Por muchas piedras que hemos levantado, no hemos dado con ninguna pista sobre el talismán. Los pequeños están cansados y acunarlos ya no sirve para calmar el llanto de algunos que añoran sus mantas. En ese momento, mientras las mayores entonan la nana más tradicional de todas, algunos nos damos cuenta: entre sus líneas se esconde la respuesta. Las torres blancas que tocan las nubes son las de la catedral y en su base para todos han pasado inadvertidos los relieves alados, que confluyen en un punto. Apretando sobre la piedra, con más maña que fuerza, se abre un pequeño contenedor con el talismán intacto en su interior. Todavía conserva parte de su brillo, que recoge los rayos del sol para iluminar cualquier caverna. No nos paramos a celebrarlo, ni siquiera nos atrevemos a gritar de júbilo, porque con la noche pueden llegar criaturas a las que no podemos hacer frente. Rápidamente nos organizamos para regresar a casa por la misma senda salvaje que nos trajo hasta la catedral.

Antes de que podamos empezar la marcha, observamos una polvareda que se levanta por el camino artificial trazado por el credo. Agazapados sobre las ruinas, confiamos en pasar inadvertidos para ellos. Pensaba que tras la victoria habría cambiado algo en ellos, pero siguen vistiendo las mismas túnicas blancas, que cubren su cuerpo hasta el suelo. Los pliegues arrastran la tierra, tiñéndose de tonos grisáceos. Avanzan en silencio, en parejas, y entre ellos caminan con cadenas los albinos, similares a nosotros solo en aspecto. Durante la gran guerra se alinearon con el credo para retornar a la superficie, desde las cuevas en las que antes vivían felices, o eso pensábamos. Lo único que comparten con ellos es el color de su piel, y parece que han caído también en sus garras como esclavos. Eso era lo que temían nuestros padres y la principal razón por la que nos ocultamos. Algunos de los albinos, con su cuerpo desnudo, cargan con objetos recuperados de las ruinas. Después de pasar y hasta más allá de recuperar las provisiones de las mantas, caminamos en absoluto silencio, asimilando lo que acabamos de vivir. Sabemos que el talismán solo nos aportará calor. Nada podemos hacer contra el poder del credo. Cualquier opción de volver a las alturas se ha esfumado en un abrir y cerrar de ojos. Me niego a aceptarlo, pero es así. Prefiero bañarme todos los días en un mar embravecido que perder la poca libertad que nos queda, para decidir la vida que queremos llevar. Esta noche dormiré tranquilo, con muchas preguntas respondidas y la confianza en los mayores de que tomaron la decisión correcta al criaron en las escarpadas paredes del castillo, que ya es nuestro hogar.